

## V. SOBRE SABIOS Y EXPERTOS: SABIDURÍA VS. TÉCNICA

A veces dos realidades o posiciones contrapuestas exigen una opción, ya sea radical, como la que hay entre la verdad y el error, ya sea moderada, como la que existe entre ser un jurista profundo, conocedor de los principios y de las explicaciones fundamentales del derecho, y ser un abogado superficial y tramitador. El debate entre Calicles y Sócrates, que Platón presenta magistralmente en su diálogo *Gorgias*, deja claro que, en algunas materias, la opción es realmente decisiva, porque engendra un *tipo de persona* totalmente distinto. Sin embargo, no siempre es así. Ahora vamos a reflexionar sobre la opción entre, por un lado, la *sabiduría*, que incluye la virtud de la prudencia o *sabiduría práctica*, y, por otro lado, la *técnica*. No es esta una opción radical, que excluya como un mal lo menos importante, porque las técnicas o artes tienen una función en la vida. El peligro está en que, a veces, algunos cortan el flujo de su vida del contacto con la sabiduría teórica o con la sabiduría práctica. Creen que todas sus dificultades son de índole técnica, cuya solución se encuentra en medios exteriores para conseguir una finalidad también externa, que no afecta a lo que las personas son por dentro. Cuando empiezan a vivir de esa manera, van estropeando, para decirlo con el lenguaje socrático, sus almas, su ser más íntimo.

En su *Metafísica*, Aristóteles trata de mostrar qué es la sabiduría.

Todos los hombres desean por naturaleza saber. Así lo indica el amor a los sentidos; pues, al margen de su utilidad, son amados a causa de sí mismos, y el que más de todos, el de la vista. En efecto, no solo para obrar, sino también cuando no pensamos hacer nada, preferimos la vista, por decirlo así, a todos los otros. Y la causa es que, de los sentidos, éste es el que nos hace conocer más, y nos muestra muchas diferencias.<sup>55</sup>

Cada uno desarrolla, más o menos, unos u otros sentidos, no en primer lugar porque de ahí vaya a salir algo útil, sino sencillamente por saber, por

---

<sup>55</sup> *Met.*, I, 1, 980a 20-25.

el atractivo de conocer la realidad ya en este nivel elemental, que es el nivel de las sensaciones. Aristóteles usa ese ejemplo como lo que más fácilmente puede convencer a todo el mundo de que deseamos por naturaleza saber. Después comienza el filósofo a mostrar una ascensión en el saber. De las simples sensaciones se asciende al saber que se adquiere por experiencia, por repetición de actos de conocimiento particular. Después, basándose en la experiencia, ya puede uno desarrollar un conocimiento superior, que es el arte o la técnica, más adelante la ciencia y, finalmente, la sabiduría. Observa el Estagirita, más adelante, que la experiencia parece relativamente semejante a la ciencia y al arte, y aun superior en cierto sentido; pero la ciencia y el arte resultan de la experiencia. “La experiencia hizo el arte... y la inexperiencia, el azar”, según la sentencia que Aristóteles atribuye a Polo de Agrigento.<sup>56</sup> El arte, a su vez, se genera cuando, a partir de múltiples percepciones de la experiencia, resulta una única idea general acerca de los casos semejantes. Si no tenemos experiencia y conseguimos un buen resultado, decimos que hemos tenido buena suerte; la falta de experiencia da origen al azar. En cambio, si obtenemos un buen resultado, porque hemos acumulado experiencia y de ahí tomamos una regla general, entonces decimos que hemos conseguido el buen resultado porque ya teníamos la técnica, el arte, y no por azar. Por tanto, la técnica se edifica sobre la experiencia, y la técnica es un modo de saber.<sup>57</sup> Aristóteles advierte una paradoja, en relación con un saber que supera a la técnica, aunque a veces parece inferior. El que domina la técnica, como tiene éxito en lo que hace, a veces parece que sabe más que quien conoce la teoría, pero no domina la práctica; porque el que tiene la teoría conoce los principios, pero no necesariamente ha realizado las acciones de ese ámbito del saber. Por ejemplo, algunos ingenieros dominan muy bien los números, los cálculos, pero no son capaces de reparar una conexión eléctrica, o no han aprendido cómo funciona un computador. Eso hay que aprenderlo mediante la experiencia. La paradoja es que el ingeniero sabe más, porque conoce las causas, pero puede menos porque no domina la técnica.<sup>58</sup>

Aristóteles ofrece una gradación de saberes hasta llegar a los más altos. Por encima de la mera técnica o arte, están las ciencias teóricas; éstas son admiradas no porque sean útiles, sino solamente porque se valora el saber por el saber. Históricamente, piensa Aristóteles, primero se descubrieron las

<sup>56</sup> *Met.*, I, 1, 981a 3-4.

<sup>57</sup> *Cfr. Met.*, I, 1, 981a 12-24.

<sup>58</sup> *Cfr. Met.*, I, 1, 981a 25-982a.

ciencias que están orientadas a la utilidad y al placer, a pasarlo bien. Después se inventaron las ciencias que no se orientan al placer ni a la necesidad, primeramente, en aquellos lugares en que los hombres gozaban de ocio. De ahí que las artes matemáticas se constituyeran por primera vez en Egipto, ya que allí la casta de sacerdotes gozaba de ocio. Se produce un salto a algo superior, que es el conocimiento que vale por sí mismo, aunque no ofrezca aparentemente ninguna utilidad.<sup>59</sup> El factor clave para el surgimiento de ese cultivo del saber por sí mismo fue una realidad social que no se da automáticamente: el ocio. La palabra “ocio” tiene connotaciones negativas. Quizá conviene distinguir entre el *ocio del perezoso* y el *ocio del sabio*. El primero es lo que en Italia llaman *il dolce far niente* (el dulce no hacer nada), a que alude el adagio: “La ociosidad es la madre de todos los vicios”, porque el *no hacer nada* va dejando la personalidad sometida a la pereza. El segundo, en cambio, es el ocio en sentido filosófico, que se puede llamar ocio *activo y fecundo*. Se entiende en el marco de la contraposición clásica entre *otium* y *negotium*, es decir, el detenerse para contemplar y cultivar el espíritu y el obrar para obtener alguna utilidad práctica, negando el ocio (negocio). El ocio es la dedicación a aquello que no sirve para nada porque es *un fin en sí mismo*. Esto no significa que todo lo que se hace en ese ocio activo sea un *fin supremo* o un *bien máximo*, sino sólo que tiene un valor por sí mismo y no sólo por la utilidad que nos presta.<sup>60</sup> Las matemáticas, por ejemplo, tienen un valor por sí mismo y no solamente por su utilidad evidente. Lo que decimos es fácil de ver de dos formas. En primer lugar, hubo una época en la que se cultivaban las matemáticas sólo por el afán de descubrir mejor los números, la cantidad abstracta, incluso la relación entre los números y la naturaleza física. La mayoría de la gente que aprende matemáticas por primera vez, a los que les gustan las matemáticas, no están pensando en qué utilidad les va a producir ese saber, sino que es el puro desafío de resolver un problema, el gozo de descubrir la solución a un problema geométrico. Eso produce un gozo intelectual muy grande. Y, por lo tanto, uno puede quedar atrapado por las matemáticas con independencia de las cosas útiles a las que puedan servir. Por su puesto, después se descubre que las matemáticas también tienen mucha utilidad. Asimismo, se advierte que no queremos las matemáticas por la pura utilidad en que ellas siguen progresando casi infinitamente, más allá de la parte de las matemáticas que es útil. Los matemáticos profesionales gozan

<sup>59</sup> Cfr. *Met.*, I, 1, 981b10-25.

<sup>60</sup> Sobre la distinción clásica entre ocio y negocio y la importancia del ocio activo, véase Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, *cit.*, pp. 11-76.

con matemáticas que no se aplican y quizá no se van a aplicar nunca. Por lo tanto, el ocio activo permite cultivar estas ciencias y, entre todas ellas, la *sabiduría* es la que se ocupa de las causas primeras y de los principios de todas las cosas. En Aristóteles hay una escala que va desde la simple experiencia, pasa por las artes o técnicas, sigue por las ciencias teóricas y culmina en la sabiduría, que es el conocimiento de los primeros principios y causas de toda la realidad.

La sabiduría en sentido estricto implicaría conocer todas las cosas y la explicación de esas cosas por sus causas más profundas, y, por eso mismo, tener la capacidad de enseñar a los demás y, en el orden práctico, la capacidad de dirigir a los demás.<sup>61</sup> Aristóteles se da cuenta de que, en sentido estricto, solamente Dios puede saber de tal manera. De ahí que el sabio, en sentido humano, es *amigo de la sabiduría*, filósofo. Participa de la sabiduría y goza con la contemplación de la verdad de la que él es capaz; pero sabe que su saber es limitado y que puede progresar siempre. Dentro de esa sabiduría en el sentido humano, limitado, va a ser propio del sabio enseñar a los demás y dirigir a los demás. Podemos experimentar en la vida cotidiana, respecto de cualquier conocimiento, no solamente de la sabiduría, que *el que sabe, enseña*. Dice un adagio latino que “el bien es difusivo de suyo”. Quien tiene algo bueno dentro, como la sabiduría, lo difunde; y el modo de difundir un conocimiento es enseñar. El que no puede enseñar algo es que no lo sabe bien; quizá lo sabe aproximadamente, pero no lo domina bien. Y a la inversa, el que sabe enseñar algo, lo conoce bien. Y también es propio de la sabiduría el dirigir a los demás. Así se puede observar en asuntos triviales no sólo respecto de la sabiduría, sino también respecto del simple saber sobre cualquier sector de la realidad. Por ejemplo, cuando estamos perdidos en una ciudad que es nueva para nosotros, le preguntamos a alguien en la calle y nos dice la información que necesitamos. Este *dirigir a los demás*, cuando se basa en un saber auténtico que generosamente se comparte, nunca es advertido como dominación; más todavía: resulta tan natural, que normalmente ni siquiera se advierte de manera expresa que estamos siendo dirigidos o gobernados, aunque sea algo evidente a la más superficial reflexión sobre el caso. Cuando hay una relación de “saber” *vs.* “no saber y tener que aprender”, jamás se interpreta como un acto de poder o de dominación esa información o esa indicación que da el que sabe a quien se beneficia de su saber. La persona beneficiada, que es quien no sabe y aprende u obedece, quizá ni siquiera se da cuenta de que está obedeciendo. La *filosofía de la sos-*

<sup>61</sup> Cfr. *In Met., proemium*.

*pecha* nos quiere hacer pensar que se trata de un *abuso de la verdad para dominar* a las personas sin que se den cuenta; la *filosofía de la confianza en la verdad y en las personas*, en cambio, sin excluir la posibilidad del abuso y de la manipulación, que han de ser probados en cada caso, *sospecha de la sospecha universal* más que de la mente humana en general y de la humanidad en su conjunto.

Como está en la naturaleza de la verdad el ser algo común, no se concibe como dominación el acto de revelar la verdad, que tiene ese efecto práctico de dirigir. A veces, quizá la mayor parte de las veces, ni siquiera se advierte como *obediencia*, precisamente porque la persona está siendo servida cuando recibe la verdad que otro le comunica. Aunque podría usarse mal el saber médico, el buen doctor es capaz de diagnosticar, conocer lo que la medicina puede hacer en ese momento por su paciente, explicarle bien la situación y después orientarlo. El paciente no es alguien que está siendo *manipulado*, ni que inconscientemente está siendo *sometido*. Por el contrario, el proceso verdaderamente humano es que quien sabe, enseña, dirige y así se pone al servicio del que no sabe. También un abogado asesora a su cliente diciéndole todas las implicaciones legales de su caso y recomendándole uno o más cursos de acción razonables según su juicio experto. Normalmente, el cliente va a obrar dentro de un margen definido por su abogado. Las cosas humanas pueden fallar. Un médico o un abogado se pueden equivocar, o cabe que obren con mala voluntad. En casos difíciles, puede ser prudente contar con más puntos de vista, con las opiniones... ¡de otros médicos o abogados! Es decir, incluso el que duda o sospecha confirma la regla general sobre la relación entre saber y enseñar o dirigir.

Cuando nos remontamos a la sabiduría más alta en el campo teórico, que es la filosofía, sucede lo mismo. Las personas, en la medida en que se acercan a la filosofía y empiezan a cultivar una filosofía más explícita, son capaces de ver las cuestiones fundamentales, de explicarles a otros los principios básicos y también de dirigir, de aconsejar, de ayudar, a quienes saben menos, a clarificar los problemas para tomar decisiones bien informadas, y así se vincula la sabiduría teórica, que es la filosofía, con una virtud práctica, que es la prudencia. La prudencia es *sabiduría práctica*, conocimiento de los principios que orientan la acción (*sindéresis*) y correcta determinación e imperio de la acción singular misma que es más adecuada según todas las circunstancias (prudencia en sentido estricto). Lo propio de la prudencia es que tiene en cuenta no sólo los medios exteriores que podemos usar para conseguir un resultado externo (que es lo específico de la técnica), sino también los tipos de acciones moralmente buenas, que benefician a la persona que realiza la acción y al bien común de la familia, de la universidad, de la

empresa, del país o del mundo entero. Ese tipo de acciones son las acciones virtuosas, que están gobernadas por la virtud de la prudencia y que trascienden lo que es un saber meramente técnico.

Muchas veces las personas cometen en su vida errores funestos porque pretenden, con alguna técnica, resolver un problema que está en el terreno de la sabiduría, de la prudencia, de la ética.<sup>62</sup> Hace años se promovió una pastilla que quitaba la borrachera. Entonces, algunos políticos chilenos, probablemente de ese 80% de compatriotas que no entienden ni lo que leen, quisieron hacerse famosos: “Tenemos que subsidiar esta pastilla; así la gente no se va a matar después de las grandes parrandas”, decían. Otros políticos, en cambio, advirtieron: “Si hacemos esto, la gente va a tomar mucho más todavía, va a creer que se soluciona este problema técnico con la pastilla, y así se van a producir todos los malos efectos del enviciamiento con el alcohol”. Al final, prevaleció esta última postura. En buena hora, porque algunos pretenden encontrar remedios técnicos para problemas que no admiten una respuesta meramente técnica; que, si acaso tienen arreglo, se trata de una solución moral: la que ofrece la prudencia. Así sucede también en el terreno político, donde a veces se piensa que basta con una medida técnica. Se cree que con más computadores, más proyectores y más programas técnicos, por ejemplo, se alcanza la calidad con la que se educa a los niños, cuando en realidad la experiencia enseña que una sola maestra de escuela con suficiente calidad humana, ética, espiritual, puede transformar las vidas de sus alumnos usando tiza y pizarrón.

Nos hallamos, pues, ante otra opción fundamental, aunque no sea radical ni excluyente. ¿Vamos a enfocar los problemas únicamente como cuestiones técnicas, económicas, numéricas, que se resuelven sobre la base de mediciones; o, por el contrario, si se trata de asuntos en los que intervienen seres humanos, vamos a enfocarlos desde la perspectiva de la sabiduría teórica y práctica? Si optamos por la sabiduría, vamos a ver aspectos que la perspectiva técnica no puede captar. Una reflexión ética se centraría en la sabiduría práctica, en la prudencia que considera todos esos detalles concretos que hay que observar para encontrar un camino de solución a los problemas humanos. La sabiduría práctica no excluye el uso subordinado de medios técnicos; pero sabe que no es posible una solución de la noche a la mañana. La opción por la técnica mata a la sabiduría; la opción por la sabiduría vivifica a la técnica. La sabiduría práctica, sin embargo, se nutre de

---

<sup>62</sup> Cfr. Benedicto XVI, *Discurso a los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York, 18 de abril de 2008.

una adecuada comprensión de la realidad. Por eso, este libro sobre algunas cuestiones filosóficas elementales se concentra en los temas de la sabiduría especulativa, que son de suyo más altos y además indispensables para enfocar adecuadamente los asuntos vitales sobre el hombre, Dios, la sociedad, la libertad, la inmortalidad, las relaciones entre las personas. Nada en este terreno es trivial, y por eso necesitamos unos enfoques filosóficos fundamentales que estructuran la mente. La filosofía clásica, durante más de dos milenios y medio, ha hallado un sinnúmero de conceptos, distinciones, verdades de validez intemporal, explicaciones profundas, etcétera, que no sólo son interesantes por sí mismas, sino que además nos sirven para abordar adecuadamente los problemas prácticos. Nadie se plantea, en un momento de crisis vital, la cuestión de la diferencia entre *sustancia* y *accidente*, o entre *alma espiritual* y *cuerpo material*; pero cualquiera podría plantearse la cuestión de si mi hermano, que acaba de morir, subsiste de alguna manera como persona, en su propio *yo*, o si ha desaparecido completamente de toda existencia presente y futura. Y la filosofía clarifica, mediante distinciones a veces áridas, los términos de una cuestión vital.

Si optamos por la sabiduría y ponemos a la técnica en su lugar —importante, pero subordinado y estrecho—, entonces podremos abordar con rigor esos asuntos, a veces angustiantes. Sin esta opción por lo más alto, la lectura de las páginas siguientes será, más que superflua, ininteligible.